

para que le pinchara el picador que estaba junto á la valla en espera del bicho.

El elevado vientre no fué obstáculo para que Florencio tuviese extraordinaria ligereza. Nada oyó, nada vió; saltó la valla, y poco después, sin saber ni por dónde había salido, hallábase en la calle. Respiró un momento, volvió la cabeza para observar si le seguía la fiera y continuó sin detenerse hasta llegar jadeante, exhausto de fuerzas y medio muerto á las puertas del convento, donde el asombro de los frailes no fué menor que el de los concurrentes á la lidia, al ver al mísero sacristán con la moña clavada en la espalda.

Al día siguiente, Florencio renovó su voto, con toda solemnidad y quedó para siempre curado de la afición á las lidias de toros. Vió ya con reconcomio á los cornúpetas; y odió toda la vida la puntiaguda moña que clavan á las fieras al salir del coso. En cuanto á la concurrencia, protestó que en Tayahua no había toro como el primero de aquella célebre corrida.



EL PECADO DE UN HOMBRE DE BIEN

I

Las ilusiones derramaban su espléndida luz en la fantasía de Laura, joven soñadora, idealista, á pesar de vivir en una época de crudo positivismo. ¿Qué influjo habíala abstraído del miedo, de la desconfianza, que al contemplar un mundo en extremo egoísta, sobrecoge á las jóvenes que van á casarse? El amor, que hoy, como ayer, y mañana como hoy, embriaga el corazón y protesta contra las lecciones de la experiencia, y busca, no la regla general, sino las excepciones, porque éstas alientan la esperanza y prometen inefables dichas.

Laura, hija única de don Celso González, antiguo comerciante de gran crédito,

amaba con frenesí á Armando, aristocrático joven de brillante educación y de crecido caudal, quien, por milagro, no tenía vicios. Y era, en verdad, una lástima que fuera el capital defecto de aquel joven un orgullo de abolengo heredado con creces de sus antepasados.

Armando quería también á la niña con el entusiasmo y ternura que puede querer á los veintidós años quien ha nacido para el hogar y sueña con él en arrobadores deliquios.

Corrían para los novios esos días de celestial embriaguez, en los que no se acierta á decir si las almas están en la tierra ó en el cielo, días tan dulces como breves, pues si se prolongasen, el mundo dejaría de ser albergue del sufrimiento y de la lucha; días en que Dios nos da á probar una gota de la felicidad para que en ella creamos, y la busquemos en el amor que nunca acaba.

Allí están los novios en el cuartito donde tanto tiempo ha vivido Laura rodeada de los ángeles de sus ensueños, y donde de vez en cuando, en apasionados cantos muestra el tesoro que en su garganta puso Dios. Hablan de los últimos detalles de su nueva casa. Nada, al parecer, falta en ella, y los muebles todos son de mérito artístico y de refinado buen gusto.

Los ojos de Laura, vivos y negros, des-

piden haces de luz, y las mejillas tersas y aperladas, se coloran con el carmín del pudor, al sentir la suave mano de su novio que al despedirse estrecha la de su amada.

—Hasta mañana, Laura.

—Hasta mañana, Armando.

Parece que las almas de los jóvenes salen por los ojos y se estrechan en apretado abrazo.

Todavía desde la puerta el novio vuelve el rostro hacia su novia. Los pasos de Armando resuenan en la escalera y repercuten en el corazón de la enamorada, quien corre al balcón para contemplar desde allí á su novio que marcha erguido, rebosante de felicidad.

Al doblar la esquina, Armando, como si sintiese tras de sí el fuego de los ojos que le miran, vuelve los suyos, y los corazones se estremecen heridos por eléctrica chispa.

Al desaparecer el novio, Laura exhala hondo suspiro, entra en el cuarto y exclama con acento henchido de ternura: ¡Dios mío, le amo con toda mi alma!

II

El ingeniero Librado Taboada es hombre que se dice ocupadísimo, aunque no siempre lo esté, y aunque pierda horas y

más horas charlando con los amigos, de lo que le importa y de lo que no le importa, de lo que sabe y de lo que no sabe, dicho sea sin ofensa del tal ingeniero que presume saberlo todo. No hay artes ni ciencias en las que Taboada no sea peritísimo; no hay acontecimiento del que no esté enterado hasta en sus más minuciosos pormenores, pues aunque la fama, con razón ó sin ella, tacha al bello sexo de ser en extremo curioso, á Taboada, honorable miembro del sexo feo, nadie le va en zaga. A donde quiera que va todo lo ve, lo escudriña todo para referirlo luego: es una gacetilla ambulante á la que frecuentemente ocurren los gacetilleros de los periódicos.

El ingeniero habla siempre en un tono de dómíne que grita: Donde yo estoy, todo el mundo boca abajo. Y es en verdad, lamentable aquel continuo hablar, y aquella fachenda del Ingeniero, porque es un hombre inteligente en ingeniería y de enciclopédica instrucción, que si fuere discreto y no presumiera tanto, dejaría boquiabiertos, no sólo á los bobalicones, que son muchos, sino aun á los doctos, que son pocos; pero, está visto, no hay rinda que refrene los ímpetus de don Librado Taboada. Y repito que es una lástima, porque, además de inteligente, es un hombre de bien á carta cabal. Oro molido

puede ponerse en las manos del ingeniero con la seguridad de que no se perderá ni un grano: sincero, piadoso, servicial. ¡Vaya, si los pobres le adoran y con razón! ¡Cuántas lágrimas no ha enjugado! ¡Cuántos sufrimientos no ha trocado en alegría! Y así, sin bombo, sin que la mano derecha sepa lo que hace la izquierda. Mas ¡ah, raza de Adán!: no hay flor donde el gusano no roiga los hermosos pétalos, y el gusano de aquella alma tan noble es la lengua, que como dice el apóstol, puede cortar la cabeza.

Y no se crea que Taboada es difamador de oficio, ni mucho menos. ¡Dios le libre! Calla siempre, aunque haciéndose violencia, cuanto redundar pueda en perjuicio de sus prójimos, y la habitual intemperancia de su lengua contiénesese, según él cree, dentro de los límites que dejan indemne la conciencia. Mas como un hombre tan locuaz y tan erudito tiene que referirlo todo y todo comentarlo, allí está el peligro que no conoce Taboada, ni siquiera lo sospecha.

Hele allí, en su despacho, con la alegría de la conciencia sin mancha, departiendo entusiasmado con sus amigos y relatando los más interesantes sucesos del día.

Más de una vez, la indiscreta verbosidad del ingeniero ha ocasionado daños,

de los cuales jamás se creyó responsable. En cierta ocasión vió á un joven jugar en el casino algunos duros, más por condescendencia con los amigos que por afición, y como Librado se lo contase á todo el mundo, el joven, encargado de la caja de un banquero, perdió el empleo y no le costó poco trabajo obtener otro muy inferior al que había perdido.

Hoy le ha dado por el tema científico y explica á sus oyentes los últimos inventos de Edison. Los que le escuchan ó no entienden ó entienden poco, pero los más se sonríen con un sonrisita que podría traducirse: eso que dices ya lo sabemos nosotros. De vez en cuando el ingeniero se enreda y no haya cómo salir del aprieto, pero es audaz y ocurre al tecnicismo científico. Cuando habla de ingeniería, casi siempre habla con erudición y acierto, pero es de lo menos que le gusta hablar, ora sea porque supone que en esta materia no necesita probar su competencia, ora porque esté hastiado de un tema que gastó su fósforo por muchos años.

Los discursos científicos de Taboada fueron interrumpidos por un joven que llegó al despacho dando la noticia del próximo matrimonio de Armando y Laura.

—Conozco á los novios, dijo luego el ingeniero, sin dejar á nadie meter baza,

son jóvenes de reconocido mérito, y de verdad me alegro de este enlace. Don Celso, padre de la novia, merece ya descansar de tantas fatigas; es un comerciante laborioso y honrado, y como Armando lleva una fortuna al matrimonio, estoy seguro que ayudará á su suegro, que harto lo necesita, pues estos tiempos son malos y los negocios de don Celso no marchan bien.

—¡Qué! ¿está en quiebra la casa comercial de don Celso? interrogó alarmado uno de los oyentes.

—No tanto, no tanto, apresuróse á responder Librado. Lo que yo digo es que tal matrimonio es muy conveniente, y que don Celso ha de estar contentísimo de que su hija se case con Armando. ¡Vaya si lo estará! Probable es que él mismo haya aconsejado ese enlace. Y miren ustedes, ahora me explico por qué esta mañana le encontré con una cara de pascua, radiante de puro gozo. ¡Cuán distinto le he visto en su despacho, con el ceño fruncido concentrado en un solo pensamiento y perdido en un maremagnum de papeles y números.

No se conversó más aquel día, los amigos del ingeniero fueron sucesivamente despidiéndose de él, y cuando estuvo solo entregóse con empeño á sus cotidianas labores.

III

Háblase en toda la ciudad de la próxima quiebra de una de las casas comerciales más antigua y acreditada. Los acreedores azorados, van de tienda en tienda, de almacén en almacén y en todas partes piden informes. Uno de dichos acreedores ve salir del Banco Nacional á don Celso, muy tranquilo y con un papel en la mano. No tiene cara de comerciante quebrado, dice para sí, y acto continuo entra al despacho del gerente. Apenas le saluda, preguntale impaciente:

—¿Qué sabe usted, amigo? ¿Es verdad que está quebrada la casa de don Celso González?

El gerente, que es serio, con la fría seriedad del banquero, palidece y quédase boquiabierto mirando á su interlocutor, quien inconscientemente abre también la boca.

—¡Qué me cuenta usted! murmuró el gerente, pasado que hubo la impresión de la sorpresa.

—Eso se dice por allí.

—¿Pero por dónde?

—Por todas partes. Yo tuve la primera noticia ayer, en el despacho del ingeniero don Librado Taboada.

—¡Ah, Taboada es un hombre honradísimo, no sabe mentir!

—Tranquilícese usted. Dicen que la hija de González se casa con Armando Fabela, y que éste se ha obligado á salvar á su suegro de todos sus compromisos.

—Y ¿quién va á exponer un crédito de importancia á la eventualidad de un matrimonio? Don Celso acaba de solicitar del Banco una fuerte suma; se le ha prestado, pero aun no la entrego. Salió de aquí hace poco, fué á traer el documento firmado por él y la señora su esposa, mas la noticia que usted me acaba de dar tan á tiempo impide que la operación se verifique, mientras no tenga seguros datos de la solvencia de la casa comercial del señor González.

Aún estaban hablando el acreedor del comerciante y el gerente, cuando llegó don José María Fabela, padre de Armando. Aquél tenía ya la noticia de la quiebra.

Después de las ordinarias fórmulas de saludo, hablaron del candente asunto. El gerente atrevióse á preguntar á su interlocutor si era verdad que Armando salvaría á don Celso, en caso de bancarrota, pues podía hacerlo, supuesto que se hallaba en posesión de la herencia materna.

Don José María palideció de ira, su jamás domado orgullo sintióse herido en lo

más vivo: querían á su hijo por interés. Aquel enlace indudablemente había sido concertado por los padres de la novia con el fin de salvarse de una ruina segura; pero él lo impediría costase lo que costase. Si había accedido á tan desigual unión, por condescendencia con su hijo, ante todo estaba la dignidad de ambos.

—El matrimonio de mi hijo con Laura dijo, al gerente, no se verificará mientras yo viva.

En esos momentos entró don Celso con un pagaré en la mano, don José María ni siquiera dignóse de contestar al saludo que aquél dirigió, y el gerente, hosco y mohino, dijo al comerciante:

—Hubo contraorden, no puedo prestar á usted el dinero que pide.

IV

La casa del señor González no estaba en quiebra, pues descontando á precios de factura el debe del haber, había saldo á favor del comerciante, pero faltaba dinero efectivo para cubrir próximos vencimientos. Con el préstamo solicitado en el Banco podía hacer frente á la situación con fundadas probabilidades de salir adelante sin que su crédito sufriera la más leve lesión, así es que la rotunda negativa del gerente afligióle sobremanera. Hom-

bre avezado á los negocios, comprendió que algo grave pasaba y pronto supo que su ruina era en todas partes pregonada, por la vociferante murmuración. Aquella noticia le consternó: iba á hundirse un crédito ganado con muchos años de continuo trabajo; la miseria echaría su garra sobre los seres más queridos de su corazón: esposa é hija. Una vejez amarga y sombría era todo su porvenir.

Hallábase don Celso sumido en tales reflexiones, cuando su hija entró al despacho. El semblante de Laura estaba desfigurado por la expresión del más intenso dolor.

—Papá, dijo sollozando, mire usted lo que me dice Armando, y puso en manos de don Celso una carta.

El comerciante, que presentía una desgracia que herirle debía en lo más querido para su corazón, en su adorada Laura, leyó aterrorizado:

“Laura:

Acabo de tener una larga y dolorosa conferencia con papá, el resultado de la cual fué mi irrevocable resolución de cortar el vínculo que nos unía.

Si te ofrecí mi mano y mi nombre, fué para encumbrarte á una posición que estuviste muy lejos de esperar, mas de nin-

guna manera para cubrir deudas que no he contraído. No compro tu amor, creo merecerlo, y desde el momento en que se le pone precio, lo rechazo indignado.

ARMANDO."

Aquel inesperado y terrible acontecimiento fué el golpe de gracia para el atribulado comerciante. No pudo articular ni una palabra y cayó al suelo víctima de un ataque.

V

Algún tiempo después, los domingos y días de fiesta religiosa, veíase ir lenta y trabajosamente andando con dirección al templo parroquial, á un semiparalítico, acompañado de una joven en cuyo hermoso semblante había impreso la resignación su dulce y melancólico sello. Eran don Celso y su hija Laura, profesora de canto que mantenía á su padre y le consolaba en sus infortunios agravados por la viudez, pues su esposa había volado al cielo.

—Miren ustedes, decía á un grupo de amigos el honrado ingeniero don Librado Taboada, señalando á la desventurada pareja. He allí un vivo ejemplo de la inevitabilidad de las humanas dichas, y de la

heroica fortaleza que da la virtud, y conmovido enjugóse las lágrimas que la vehemencia de la compasión arrancaba del fondo de su alma.

Y el locuaz hombre de bien ni siquiera llegó á imaginarse que la desgracia que en tan alto grado, excitaba su conmiseración, fué iniciada por un pecado del que jamás se dió cuenta, y concluída por la mundana difamación.